FERNANDO DE HERRERA.

CANCIONES.

POR LA VITORIA DE LEPANTO.

Cantemos al Señor, que en la llanura
Venció del ancho mar al Trace fiero;
Tú, Dios de las batallas, tú eres diestra,
Salud y gloria nuestra.
Tú rompiste las fuerzas y la dura
Frente de Faraon, feroz guerrero;
Sus escogidos príncipes cubrieron
Los abismos del mar y descendieron,
Cual piedra, en el profundo, y tu ira luégo
Los tragó, como arista seca el fuego.
El soberbio tirano, confiado
En el grande aparato de sus naves,
Que de los nuestros la cerviz cautiva
Y las manos aviva
Al ministerio injusto de su estado,
Derribó con los brazos suyos graves
Los cedros más excelsos de la cima
Y el árbol que más yerto se sublima,

Bebiendo ajenas aguas y atrevido
Pisando el bando nuestro y defendido.
Temblaron los pequeños, confundidos
Del impío furor suyo; alzó la frente
Contra tí, Señor Dios, y con semblante
Y con pecho arrogante,
Y los armados brazos extendidos,
Movió el airado cuello aquel potente;
Cercó su corazon de ardiente saña
Contra las dos Hesperias, que el mar baña,
Porque en tí confiadas le resisten,
Y de armas de tu fe y amor se visten.
Dijo aquel insolente y desdeñoso:
«¿No conocen mis iras estas tierras,
Y de mis padres los ilustres hechos,
O valieron sus pechos
Contra ellos con el húngaro medroso,
Y de Dalmacia y Rodas en las guerras?
¿Quién las pudo librar? ¿Quién de sus manos
Pudo salvar los de Austria y los germanos?
¿Podrá su Dios, podrá por suerte ahora
Guardallas de mi diestra vencedora?
»Su Roma, temerosa y humillada,
Los cánticos en lágrimas convierte;
Ella y sus hijos tristes mi ira esperan
Cuando vencidos mueran;
Francia está con discordia quebrantada,
Y en España amenaza horrible muerte
Quien honra de la luna las banderas;
Y aquellas en la guerra gentes fieras
Ocupadas están en su defensa,
Y aunque no, ¿quién hacerme puede ofensa?
»Los poderosos pueblos me obedecen,
Y el cuello con su daño al yugo inclinan,
Y me dan por salvarse ya la mano.

Y su valor es vano;
Que sus luces cayendo se oscurecen.
Sus fuertes á la muerte ya caminan,
Sus vírgenes están en cautiverio,
Su gloria ha vuelto al cetro de mi imperio.
Del Nilo á Eufrátes fértil y Istro frio,
Cuanto el sol alto mira todo es mio.»
Tú, Señor, que no sufres que tu gloria
Usurpe quien su fuerza osado estima,
Prevaleciendo en vanidad y en ira,
Este soberbio mira,
Que tus aras afea en su victoria.
No dejes que los tuyos así oprima,
Y en sus cuerpos, cruel, las fieras cebe,
Y en su esparcida sangre el odio pruebe;
Que hechos ya su oprobio, dice: «¿Dónde
El Dios de estos está? ¿De quién se esconde?»
Por la debida gloria de tu nombre,
Por la justa venganza de tu gente,
Por aquel de los míseros gemido,
Vuelve el brazo tendido
Contra éste, que aborrece ya ser hombre;
Y las honras que celas tú consiente,
Y tres y cuatro veces el castigo
Esfuerza con rigor á tu enemigo,
Y la injuria á tu nombre cometida
Sea el hierro contrario de su vida.
Levantó la cabeza el poderoso
Que tanto odio te tiene; en nuestro estrago
Juntó el consejo, y contra nos pensaron
Los que en él se hallaron.
«Venid, dijeron, y en el mar undoso
Hagamos de su sangre un grande lago;
Deshagamos á estos de la gente,
Y el nombre de su Cristo juntamente,

Y dividiendo de ellos los despojos,
Hártense en muerte suya nuestros ojos.»
Vinieron de Asia y portentosa Egito
Los árabes y leves africanos,
Y los que Grecia junta mal con ellos
Con los erguidos cuellos,
Con gran poder y número infinito,
Y prometer osaron con sus manos
Encender nuestros fines y dar muerte
A nuestra juventud con hierro fuerte,
Nuestros niños prender y las doncellas,
Y la gloria manchar y la luz dellas.
Ocuparon del piélago los senos,
Puesta en silencio y en temor la tierra,
Y cesaron los nuestros valerosos,
Y callaron dudosos,
Hasta que al fiero ardor de sarracenos
El Señor, eligiendo nueva guerra,
Se opuso el jóven de Austria, generoso
Con el claro español y belicoso;
Que Dios no sufre ya en Babel cautiva
Que su Sion querida siempre viva.
Cual leon á la presa apercibido,
Sin recelo los ímpios esperaban
A los que tú, Señor, eras escudo;
Que el corazon desnudo
De pavor, y de fe y amor vestido,
Con celestial aliento confiaban.
Sus manos á la guerra compusiste,
Y sus brazos fortísimos pusiste
Como el arco acerado, y con la espada
Vibraste en su favor la diestra armada.
Turbáronse los grandes, los robustos
Rindiéronse temblando y desmayaron;
Y tú entregaste, Dios, como la rueda,

Como la arista queda
Al ímpetu del viento, á estos injustos,
Que mil huyendo de uno se pasmaron.
Cual fuego abrasa selvas, cuya llama
En las espesas cumbres se derrama,
Tal en tu ira y tempestad seguiste,
Y su faz de ignominia convertiste.
Quebrantaste al cruel dragon, cortando
Las alas de su cuerpo temerosas
Y sus brazos terribles no vencidos;
Que con hondos gemidos
Se retira á su cueva, do silbando
Tiembla con sus culebras venenosas,
Lleno de miedo torpe sus entrañas,
De tu leon temiendo las hazañas;
Que, saliendo de España, dió un rugido
Que lo dejó asombrado y aturdido.
Hoy se vieron los ojos humillados
Del sublime varon y su grandeza;
Y tú solo, Señor, fuiste exaltado,
Que tu dia es llegado,
Señor de los ejércitos armados,
Sobre la alta cerviz y su dureza,
Sobre derechos cedros y extendidos,
Sobre empinados montes y crecidos,
Sobre torres y muros, y las naves
De Tiro, que á los tuyos fueron graves.
Babilonia y Egipto amedrentada
Temerá el fuego y la asta violenta,
Y el humo subirá á la luz del cielo;
Y faltos de consuelo,
Con rostro oscuro y soledad turbada
Tus enemigos llorarán su afrenta.
Mas tú, Grecia, concorde á la esperanza
Egipcia y gloria de su confianza,

¡Triste! que á ella pareces, no temiendo
A Dios y á tu remedio no atendiendo,
¿Por qué, ingrata, tus hijas adornaste
En adulterio infame á una impia gente,
Que deseaba profanar tus frutos,
Y con ojos enjutos
Sus odiosos pasos imitaste,
Su aborrecida vida y mal presente?
Dios vengará sus iras en tu muerte;
Que llega á tu cerviz con diestra fuerte
La aguda espada suya; ¿quién, cuitada,
Reprimirá su mano desatada?
Mas tú, fuerza del mar, tú, excelsa Tiro,
Que en tus naves estabas gloriosa,
Y el término espantabas de la tierra,
Y si hacias guerra
De temor la cubrias con suspiro,
¿Cómo acabaste, fiera y orgullosa?
¿Quién pensó á tu cabeza daño tanto?
Dios, para convertir tu gloria en llanto
Y derribar tus ínclitos y fuertes,
Te hizo perecer con tantas muertes.
Llorad, naves del mar, que es destruida
Vuestra vana soberbia y pensamiento.
¿Quién ya tendrá de tí lástima alguna,
Tú, que sigues la luna,
Asia adúltera, en vicios sumergida?
¿Quién mostrará un liviano sentimiento?
¿Quién rogará por tí? Que á Dios enciende
Tu ira y la arrogancia que te ofende;
Y tus viejos delitos y mudanza
Han vuelto contra tí á pedir venganza.
Los que vieron tus brazos quebrantados,
Y de tus pinos ir el mar desnudo,
Que sus ondas turbaron y llanura,

Viendo tu muerte oscura,
Dirán, de tus estragos espantados:
¿Quién contra la espantosa tanto pudo?
El Señor, que mostró su fuerte mano
Por la fe de su príncipe cristiano;
Y por el nombre santo de su gloria,
A su España concede esta victoria.
Bendita, Señor, sea tu grandeza,
Que despues de los daños padecidos,
Despues de nuestras culpas y castigo,
Rompiste al enemigo
De la antigua soberbia la dureza.
Adórente, Señor, tus escogidos,
Confiese cuanto cerca el ancho cielo
Tu nombre ¡oh nuestro Dios, nuestro consuelo!
Y la cerviz rebelde, condenada,
Perezca en bravas llamas abrasada.

A DON JUAN DE AUSTRIA,

VENCEDOR DE LOS MORISCOS DE LAS ALPUJARRAS.

Cuando con resonante
Rayo y furor del brazo impetuoso
A Encélado arrogante
Júpiter poderoso
Despeñó airado en Etna cavernoso;
Y la vencida tierra,
A su imperio rebelde quebrantada,
Desamparó la guerra
Por la sangrienta espada

De Marte, áun con mil muertes no domada;
En el sereno polo
Con la suave cítara presente,
Cantó el crinado Apolo
Entónces dulcemente,
Y en oro y lauro coronó su frente.
La canora armonía
Suspendia de dioses el senado;
Y el cielo, que movia
Su curso arrebatado,
El vuelo reprimia enajenado.
Halagaba el sonido
Al piélago sañudo, al raudo viento
Su fragor encogido,
Y con divino aliento
Las musas consonaban á su intento.
Cantaba la victoria
Del ejército etéreo, y fortaleza
Que engrandeció su gloria,
El horror y aspereza
De la titania estirpe, y su fiereza;
De Pálas atenea
El gorgóneo terror, la ardiente lanza,
Del rey de la onda egea
La indómita pujanza,
Y del hercúleo brazo la venganza.
Mas del bistonio Marte
Hizo en grande alabanza luenga muestra,
Cantando fuerza y arte
De aquella armada diestra
Que á la flegrea hueste fué siniestra.
«A tí, decia, escudo;
A tí, del cielo esfuerzo generoso,
Poner temor no pudo
El escuadron sañoso,

Con sierpes enroscadas espantoso.
»Tú solo á Oromedonte
Trajiste al hierro agudo de la muerte
Junto al doblado monte,
Y abrió con diestra suerte
El pecho de Peloro tu asta fuerte.
»¡Oh, hijo esclarecido
De Juno, oh duro y no cansado pecho,
Por quien cayó vencido,
Y en peligroso estrecho
Mimante pavoroso fué deshecho!
»Tú, cubierto de acero,
Tú, estrago de los hombres indignado,
Con sangre hórrido y fiero
Rompes acelerado
Del ancho muro el torreon alzado.
»A tí, libre ya, debe,
De recelo Saturnio, que el profano
Linaje que se atreve
Alzar la osada mano
Sienta su bravo orgullo salir vano.
»Mas aunque resplandezca
Esta victoria tuya conocida,
Con gloria que merezca
Gozar eterna vida,
Sin que yaga en tinieblas ofendida;
»Vendrá tiempo en que tenga
Tu memoria el olvido y la termine,
Y la tierra sostenga
Un valor tan insine,
Que ante él desmaye el tuyo y se le incline;
»Y el fértil Occidente,
Cuyo inmenso mar cerca el orbe y baña,
Descubrirá presente,
Con prez y honor de España,

La lumbre singular de esta hazaña;
»Que el cielo le concede
Aquel ramo de César invencible,
Que su valor herede,
Para que al turco horrible
Derribe el corazon y ardor terrible.
»Vese el pérfido bando
En la fragosa, yerta, aeria cumbre,
Que sube amenazando
La soberana lumbre,
Fiado en su animosa muchedumbre;
»Y allí, de miedo ajeno,
Corre cual suelta cabra y se abalanza
Con el fogoso trueno
De su cubierta estanza,
Y sigue de sus odios la venganza;
»Mas despues que aparece
El jóven de Austria en la enriscada sierra,
Frio miedo entorpece
Al rebelde, y lo atierra
Con espanto y con muerte la ímpia guerra.
»Cual tempestad ondosa
Con horrísono estruendo se levanta,
Y la nave, medrosa
De rabia y furia tanta,
Entre peñascos ásperos quebranta;
»O cual del cerco estrecho
El flamígero rayo se desata,
Con luengo sulco hecho,
Y rompe y desbarata
Cuanto al encuentro su ímpetu arrebata;
»La fama alzará luégo,
Y con las alas de oro la victoria,
Sobre el giro del fuego
Resonando su gloria

Con puro lampo de inmortal memoria;
»Y extenderá su nombre
Por do céfiro espira en blando vuelo
Con ínclito renombre,
Al remoto indio suelo
Y á do esparce el rigor helado el cielo.
»Si Peloro tuviera
Parte de su destreza y valentía,
El solo te venciera,
Gradivo, aunque á porfía
Tu esfuerzo acrecentáras y osadía.
»Si éste al cielo amparára
Contra las duras fuerzas de Mimante,
Ni el trance recelára
El vencedor tonante,
Ni sacudiera el brazo fulminante.
»Traed, cielos, huyendo
Este cansado tiempo espacioso
Que oprime deteniendo
El curso glorioso;
Haced que se adelante presuroso.»
Así la lira suena,
Y Jove el canto afirma, y se estremece
El Olimpo, y resuena
En torno y resplandece,
Y Mavorte dudoso se oscurece.

POR LA PÉRDIDA DEL REY

DON SEBASTIAN.

Voz de dolor y canto de gemido
Y espíritu de miedo envuelto en ira,

Hagan principio acerbo á la memoria
De aquel dia fatal, aborrecido,
Que Lusitania mísera suspira,
Desnuda de valor, falta de gloria;
Y la llorosa historia
Asombre con horror funesto y triste
Dende el áfrico Atlante y seno ardiente
Hasta do el mar de otro color se viste,
Y do el límite rojo de oriente,
Y todas sus vencidas gentes fieras
Ven tremolar de Cristo las banderas.
¡Ay de los que pasaron, confiados
En sus caballos y en la muchedumbre
De sus carros, en tí, Libia desierta,
Y en su vigor y fuerzas engañados,
No alzaron su esperanza á aquella cumbre
De eterna luz, mas con soberbia cierta
Se ofrecieron la incierta
Vitoria, y sin volver á Dios sus ojos,
Con yerto cuello y corazon ufano
Sólo atendieron siempre á los despojos!
Y el Santo de Israel abrió su mano,
Y los dejó, y cayó en despeñadero
El carro, y el caballo y caballero.
Vino el dia cruel, el dia lleno
De indinacion, de ira y furor, que puso
En soledad y en un profundo llanto,
De gente y de placer el reino ajeno.
El cielo no alumbró, quedó confuso
El nuevo sol, presago de mal tanto,
Y con terrible espanto
El Señor visitó sobre sus males,
Para humillar los fuertes arrogantes,
Y levantó los bárbaros no iguales,
Que con osados pechos y constantes

No busquen oro, mas con hierro airado
La ofensa venguen y el error culpado.
  Los ímpios y robustos, indinados,
Las ardientes espadas desnudaron
Sobre la claridad y hermosura
De tu gloria y valor, y no cansados
En tu muerte, tu honor todo afearon,
Mezquina Lusitania sin ventura;
Y con frente segura
Rompieron sin temor con fiero estrago
Tus armadas escuadras y braveza.
La arena se tornó sangriento lago,
La llanura con muertos aspereza;
Cayó en unos vigor, cayó denuedo;
Mas en otros desmayo y torpe miedo.
  ¿Son éstos por ventura los famosos,
Los fuertes, los beligeros varones
Que conturbaron con furor la tierra,
Que sacudieron reinos poderosos,
Que domaron las hórridas naciones,
Que pusieron desierto en cruda guerra
Cuanto el mar indo encierra,
Y soberbias ciudades destruyeron?
¿Dó el corazon seguro y la osadía?
¿Cómo así se acabaron y perdieron
Tanto heroico valor en solo un dia;
Y léjos de su patria derribados,
No fueron justamente sepultados?
  Tales fueron ya éstos, cual hermoso
Cedro del alto Líbano, vestido
De ramos, hojas, con excelsa alteza;
Las aguas lo criaron poderoso,
Sobre empinados árboles crecido,
Y se multiplicaron en grandeza
Sus ramos con belleza;

Y extendiendo su sombra, se anidaron
Las aves quo sustenta el grande cielo,
Y en sus hojas las fieras engendraron,
Y hizo á mucha gente umbroso velo:
No igualó en celsitud y en hermosura.
Jamas árbol ninguno á su figura.
  Pero elevóse con su verde cima,
Y sublimó la presuncion su pecho,
Desvanecido todo y confiado,
Haciendo de su alteza solo estima.
Por eso Dios lo derribó deshecho
A los ímpios y ajenos entregado,
Por la raíz cortado;
Opreso de los montes arrojados,
Sin ramos y sin hojas y desnudo.
Huyeron dél los hombres, espantados,
Que su sombra tuvieron por escudo;
En su ruina y ramos cuantas fueron
Las aves y las fieras se pusieron.
  Tú, infanda Libia, en cuya seca arena
Murió el vencido reino lusitano,
Y se acabó su generosa gloria,
No estés alegre y de ufanía llena,
Porque tu temerosa y flaca mano
Hubo sin esperanza tal vitoria,
Indina de memoria;
Que si el justo dolor mueve á venganza
Alguna vez el español coraje,
Despedazada con aguda lanza,
Compensarás muriendo el hecho ultraje;
Y Luco amedrentado, al mar inmenso
Pagará de africana sangre el censo.

ELEGÍA.

De aquel error en que viví engañado
Salgo á la pura luz, y me levanto
Tal vez del peso que sufrí cansado.
Pudo mi desconcierto crecer tanto,
Que anduve de mí mesmo aborrecido,
Sujeto siempre á la miseria y llanto.
Ya vuelvo en mí, y contemplo cuán perdido
Rendí el lozano corazon sin miedo
A los dañados gustos del sentido.
Mas sé que aunque me esfuerzo apénas puedo
Abrazar la razon, porque el engaño
No se me aparta de la vista un dedo.
Y no me vale, aunque en mi bien me engaño,
Pensar quién soy ni deducir del cielo
La clara orígen contra un dulce daño.
¡Cuán mal se limpian del corporeo velo
Las manchas, y cuán tarde se desata
De su pasion quien anda en este suelo!
Mil buenos pensamientss desbarata
La ocasion, á deleites ofrecida,
Cuando ménos el hombre se recata.
Mas éstos son peñascos de la vida,
Do se rompe la nave en mar ondoso,
Si no va con destreza bien regida.
¿Quién es tan temerario y desdeñoso,
Que se entregue á la muerte en esperanza
Del caso siempre incierto y peligroso?
Quien quisiera hartarse en la venganza
De mis males, hallára á su deseo
Colmada la medida sin mudanza,
Si, conociendo yo mi devaneo,

No diera al vasto gusto de la mano
Y alzára de la tierra al fiero Anteo.
Grande trabajo es, aunque no es vano,
Querer mudar una costumbre larga;
Grande es, pero es el premio soberano.
Traje en los hombros esta grave carga
Sin reposar, como otro nuevo Atlante,
En quien de todo el cielo el peso carga.
No soy despues del daño tan constante,
Que no tiemble en pensar lo que sufria,
Y de mi ostinacion, que no me espante.
Ahora voy por una llana via
A la seguridad del bien que sigo,
Do será no acertar desdicha mia.
Considero, apartado yo conmigo,
Del rojo sol la inmensa ligereza
Y en cuanto infunde su calor amigo;
La tibia, instable luna, la grandeza
Del ancho mar, su vário movimiento,
El sitio de la tierra y su firmeza.
Juzgo cuánto es el gusto y el contento
De gozar la belleza diferente
Que en sí contiene este terrestre asiento,
Y cuán dulce es vivir alegremente
Espacios luengos de una edad dichosa,
Y contemplar tan alto bien presente,
Dó en esta vista y luz maravillosa
El ánimo encendido ensalce el vuelo
A la profunda claridad hermosa;
Y allí se afine de aquel torpe velo
Que en sí lo trajo opreso, y no le impida
La gruesa niebla ni el error del suelo.
¡Cuánta miseria no es perder la vida
En la purpúrea flor de la edad pura,
Sin gozor de la luz del sol crecida!

¡Cuán vana eres, humana hermosura!
¡Cuán presto se consume y se deshace
La gracia y el donaire y compostura!
La bella vírgen, cuya vista aplace
Y regala al sentido, en tiempo breve
Al mesmo que agradó no satisface.
No así tan presto aparta el viento leve
Y disipa las nieblas, y el ardiente
Sol desata el rigor de helada nieve,
Como á la tierna edad la flor luciente
Huye, y los años vuelan, y perece
El valor y belleza juntamente.
¡Cuán breve y cuán caduca resplandece
Nuestra gloria! ¡Cuán súbito en el punto
Que deleita á los ojos desparece!
Mas ¡oh, si ser pudiese que este punto
De breve vida alegres en sosiego
Gozásemos, sin miedo y dolor junto!
Cuál, de ambicion y de avaricia ciego,
Sulca el piélago inmenso, peregrino,
Y ve del sol más tarde el claro fuego;
Cuál, ardiendo en furor de Marte indino,
Arma el osado pecho en duro hierro
Contra el estrecho deudo y el vecino:
Cuál, de sí mesmo puesto en un destierro,
Niega su voluntad por otra ajena,
Y sigue inferior el mayôr yerro.
Lisonjeros halagos, dulce pena,
Buscando mal del desvarío humano,
Traen de gusto la esperanza llena.
Ningun monte ó desierto, ningun llano
A do pueda llegar gente atrevida
Nos librará del ciego error profano.
Ira, miedo, codicia aborrecida
Nos cercan, y huir no es de provecho;

Que las llevamos siempre en la huida.
Incierto y congojoso tiene el pecho
Quien espera; no goza ni sosiega
Si sus vanos contentos no ha deshecho.
Quien sabe que se goza, y nunca entrega
Su fortuna dichosa al brazo ajeno,
De la virtud á la alta cumbre llega.
Estos deleites, que seguí sin freno,
Que al fin tan caro cuestan, me trajeron
Siempre de confusion y temor lleno.
Ni fueron firmes ni fieles fueron;
Dañáronme huyendo, y si hubo alguno,
Que no, huyó con cuantos me huyeron.
Seguro gozo puede ser ninguno,
Ninguno puede ser perpétuo en cuanto
La tierra cria y cerca el gran Neptuno.
Sola virtud, tú sola puedes tanto,
Que el gozo dar perpétuo y bien seguro
Puedes si en amor tuyo me levanto.
Lugar puede hallarse tan oscuro
Do se asconda algun tiempo el error cierto,
Mas sale á fuerza al cabo al aire puro.
La vergüenza del propio desconcierto,
El miedo, vengador de nuestras penas,
Nos muestran nuestra falta en descubierto.
El delito y las culpas son ajenas
De nuestra condicion; pero nacimos
Con mil flaquezas de miseria llenas;
Y tan mal nuestros bienes conocimos,
Y dimos tanta mano al torpe gusto,
Que solos sus regalos admitimos.
¿Do está el deseo ya del honor justo?
¿Dó el amor verdadero de la gloria?
¿Dó contra el vicio el corazon robusto?
Gran hazaña es gozar de la victoria.

Del bravo contendor, y los despojos
Guardar para blason de la memoria;
Pero es mucho mayor ante los ojos
Que miran bien, por la no usada senda
Caminando entre peñas y entre abrojos,
Sobrepujar en áspera contienda
Sus contrarios, y verse en la ardua cumbre
Do no alcance el nublado ni le ofenda.
Mas ¿quién podrá subir sin viva lumbre?
¿Quién sin favor que aliente su flaqueza,
Y le alce de esta grave pesadumbre?
Si yo pudiese bien en tu belleza
Fijar mis ojos, musa soberana,
Y contemplar cercano tu grandeza,
Del ciego error y multitud profana,
Que se entorpece en la tiniebla oscura,
No seguiria la opinion liviana;
Ántes con voluntad libre y segura,
Abrasado en tu amor, ocuparia
La vida en admirar tu hermosura.
Y aquí do el Bétis desigual varía
El curso y vuelve y trueca la creciente,
Un apartado puesto escogeria,
Do la ambicion de tanta errada gente,
Los deseos injustos, la esperanza,
Dulce engaño del ánimo doliente,
En este estado, libre de mudanza,
No podrian turbarme del sosiego
Que en la discreta soledad se alcanza.
Otro rompa los senos del mar ciego
Con prestas alas de su osada nave,
Do no se aventuró romano ó griego;
Llegue do el sacro Océano se trabe
Con el piélago Austral, y no cansado
Cerque el golfo que el hielo torna grave;

Que bien puede alabarse, confiado
De haber visto, tratado y conocido,
Y mil varios peligros allanado;
Pero no habrá gozado ni entendido
Los bienes que el silencio en el desierto
Da á un corazon modesto y bien regido,
Fuera de todo humano desconcierto.

SONETOS.

AL MARQUÉS DE SANTA CRUZ.

Tú, que vengando con la armada mano
El ya perdido honor del Occidente,
Teñiste del mar Jonio la corriente
Con la vertida sangre de otomano;
Y volviendo, en el piélago africano
Venciste el reino antiguo y tiria gente,
Y del frances y escoto el pecho ardiente
Rompiste, y la pujanza del germano;
Y de rendir cansado el mar y tierra,
Descansas ya en la paz del alto cielo,
Que la tierra era poca á tanta gloria;
Ahora que amenaza cruda guerra
El impío scita, y tiembla todo el suelo,
Vén, ó envia á los tuyos la victoria.

AL INVIERNO.

Hórrido invierno, que la luz serena
Y agradable color del puro cielo
Cubres de oscura sombra y turbio velo
Con la mojada faz, de nieblas llena,
Vuelve á la fria gruta y la cadena
Del nevoso aquilon, y entre aquel hielo
Que oprime con rigor el duro suelo,
Las furias de tu ímpetu refrena;
Que en tanto que en tu ira embravecido,
Asaltas el divino hispalio rio,
Que corre al sacro seno de occidente,
Yo, triste, en nube eterna del olvido
(Culpa tuya), apartado del sol mio,
No me enciendo en los rayos de su frente.

AL GOLFO DE LEPANTO.

Hondo Ponto, que bramas atronado
Con tumulto y terror, del turbio seno
Saca el rostro, de torpe miedo lleno;
Mira tu campo arder ensangrentado;
Y junto en este cerco y encontrado
Todo el cristiano esfuerzo y sarraceno,
Y cubierto de humo y fuego y trueno,
Huir temblando el impio quebrantado.
Con profundo murmurio la victoria
Mayor celebra que jamas vió el cielo,
Y más dudosa y singular hazaña;
Y di que sólo mereció la gloria
Que tanto nombre da á tu sacro suelo
El jóven de Austria y el valor de España.

DON JUAN DE ARGUIJO.

SONETOS.

LAS ESTACIONES.

Vierte alegre la copia en que atesora
Bienes la primavera, da colores
Al campo y esperanza á los pastores
Del premio de su fe la bella Flora;
Pasa ligero el sol adonde mora
El cancro abrasador, que en sus ardores
Destruye campos y marchita flores,
Y el orbe de su lustre descolora;
Sigue el húmedo otoño, cuya puerta
Adornar Baco de sus dones quiere;
Luégo el invierno en su rigor se extrema.
¡Oh variedad comun, mudanza cierta!
¿Quién habrá que en sus males no te espere?
¿Quién habrá que en sus bienes no te tema?

LA TEMPESTAD Y LA CALMA.

Yo ví del rojo sol la luz serena
Turbarse, y que en un punto desparece

Su alegre faz, y en torno se oscurece
El cielo con tinieblas de horror llena.
El austro proceloso airado suena,
Crece su furia, y la tormenta crece,
Y en los hombros de Atlante se estremece
El alto olimpo y con espanto truena;
Mas luégo vi romperse el negro velo
Deshecho en agua, y á su luz primera
Restituirse alegre el claro dia;
Y de nuevo esplendor ornado el cielo
Miré y dije: ¿Quién sabe si le espera
Igual mudanza á la fortuna mia?

AL GUADALQUIVIR EN UNA AVENIDA.

Tú, á quien ofrece el apartado polo,
Hasta donde tu nombre se dilata,
Preciosos dones de luciente plata
Que invidia el rico Tajo y el Pactolo;
Para cuya corona, como á solo
Rey de los rios, entreteje y ata
Pálas su oliva con la rama ingrata
Que contempla en tus márgenes Apolo;
Claro Guadalquivir, si impetuoso
Con crespas ondas y mayor corriente
Cubrieres nuestros campos mal seguros,
De la mejor ciudad, por quien famoso
Alzas igual al mar la altiva frente,
Respeta humilde los antiguos muros.

LA AVARICIA.

Castiga el cielo á Tántalo inhumano,
Que en impia mesa su rigor provoca,
Medir queriendo en competencia loca
Saber divino con engaño humano.
Agua en las aguas busca, y con la mano
El árbol fugitivo casi toca;
Huye el copioso Erídano á su boca,
Y en vez de fruta aprieta el aire vano.
Tú, que espantado de su pena, admiras
Que el cercano manjar en largo ayuno
Al gusto falte y á la vida sobre,
¿Cómo de muchos Tántalos no miras
Ejemplo igual? Y si codicias uno,
Mira el avaro en sus riquezas pobre.

LA CONSTANCIA.

Aunque en soberbias olas se revuelva
El mar, y conmovida en sus cimientos
Gima la tierra, y los contrarios vientos
Talen la cumbre en la robusta selva;
Aunque la ciega confusion envuelva
En discordia mortal los elementos,
Y con nuevas señales y portentos
La máquina estrellada se disuelva,
No desfallece ni se ve oprimido
Del varon justo el ánimo constante,
Que su mal como ajeno considera;
En la mayor adversidad sufrido,
La airada suerte con igual semblante
Mira seguro y alentado espera.

LA RECAIDA.

Otras dos veces del furioso noto
Probé las iras en el mar turbado,
Y no volver jamas á tal estado,
Arrepentido, prometí, y devoto.
De la deshecha jarcia y leño roto
Dí los despojos al altar sagrado,
Y apénas pisé el puerto deseado,
Cuando olvidé el peligro y rompí el voto;
Y ahora, que contínua y fiera lucha,
Mar y vientos se esfuerzan en mi daño,
Y sus enojos aplacar porfío,
Mis sordas voces sin piedad escucha
El justo cielo. ¡Oh inútil desengaño,
Cuán tarde llegas al remedio mio!

Á ORFEO.

Pudo con diestra lira y dulce canto
Bajar Orfeo á la region oscura,
Y del dolor que eternamente dura
La fuerza suspender y el triste llanto.
Del divino concento pudo tanto
La fuerza, y de su fe constante y pura,
Que á recobrar su prenda mal segura
Halló entrada en los reinos del espanto.
Venturoso amador, si no rompiera
El preceto fatal, y conservára
El bien que con tan largo afan conquista;
Mas ordena ¡oh dolor! la suerte fiera
Que cuanto con la voz dulce ganára,
Vuelva á perder con la atrevida vista.

A HÉRCULES.

El jabalí de Arcadia, el leon nemeo,
El toro á los cien pueblos pavoroso,
Cayeron á mis piés, y victorioso
De la hidra me vió el lago Lerneo.
El can de tres gargantas y Tifeo,
Fieras guardas del claustro tenebroso,
No burlaron mi intento generoso,
Ni le valió caer al fuerte Anteo.
Ejemplos de mi ilustre vencimiento
Son Aceloo, Busíris y Diomédes,
Y el rey á quien huir Hesperia mira;
Mas ¿por qué ufano mis vitorias cuento,
Cautivo en tu prision? ¡Cuánto más puedes
Si me rendiste, oh bella Deyanira!

Á BACO.

A tí, de alegres vides coronado,
Baco, gran padre domador de Oriente,
He de cantar; á tí, que blandamente
Tiemblas la fuerza del mayor cuidado;
Ora castigues á Licurgo airado,
O á Penteo en tus aras insolente,
Ora te mire la festiva gente
En sus convites dulce y regalado,
O ya de tu Ariadna al alto asiento
Subas ufano la mortal corona,
Vén fácil, vén humano al canto mio;
Que si no desmerece el sacro aliento
Mi voz penetrará la opuesta zona,
Y al Tibre enviadará el Hispalio rio.

PÍRAMO.

«Tú, de la noche gloria y ornamento,
Errante luna, que oyes mis querellas;
Y vosotras, clarísimas estrellas,
Luciente honor del alto firmamento,
»Pues ha subido allá de mi lamento
El són y de mi fuego las centellas,
Sienta vuestra piedad, ¡oh luces bellas!
Si la merece; mi amoroso intento.»
Esto diciendo, deja el patrio muro
El desdichado Píramo, y de Nino
Parte al sepulcro, donde Tisbe espera.
¡Pronóstico infeliz, presagio duro
De infaustas bodas, si ordenó el destino
Que un túmulo por tálamo escogiera!

HORACIO COCLES.

Con prodigioso ejemplo de osadía
Un hombre miro en la romana puente
Resistir sólo de la etrusca gente
El grueso campo que pasar porfía.
Ni la enemiga fuerza le desvía,
Ni de su vida el cierto fin presente;
Que su valor dejar no le consiente
La difícil empresa en que insistia.
Oigo del roto puente el són fragoso
Cuando al Tibre el varon se precipita
Armado, y sale de él con nueva gloria;
Y al mismo punto escucho del gozoso
Pueblo las voces, que aclamando grita:
«¡Viva Horacio; de Horacio es la vitoria!»

Á JULIO CÉSAR,

MIRANDO LA CABEZA DE POMPEYO.

Presenta ufano á César victorioso
El tirano de Ménfis inclemente
La temida cabeza que al Oriente
Tuvo al són de las armas temeroso.
No pudo dar el corazon piadoso
Enjutos ojos ni serena frente
Al dón funesto; mas gimió impaciente
De tal crueldad, y repitió lloroso:
«Tú, gran Pompeyo, en la fatal caida
Serás ejemplo de la humana gloria
Y cierto aviso de su fin incierto.
»¡Cuánto se debe á tu virtud crecida!
¡Cuán costosa en tu muerte es mi victoria!
Vivo te aborrecí, te lloro muerto.»

FRANCISCO DE MEDRANO.

ODAS.

Á JUAN ANTONIO DE ALCÁZAR,

POR LA TEMPLANZA.

La inexpugnable torre y la ferrada
Puerta y los canes, tristes veladores,
Asaz pudieran conservar guardada
De osados amadores
A Danaes encerrada,
Si Vénus, ingeniosa, no burlára
De Acrisio, padre y guarda recatado
De la vírgen, si no se transformára
Jove en metal sagrado,
Que el camino allanára.
Penetra victorioso las escuadras,
Y romper quiere el oro por las peñas
Duras, más que los rayos poderoso,
¿Qué fuerte á las enseñas
No se allana medroso?
Desmentidas las puertas más leales
De los pueblos Filipo abrió con dones,

Y venció émulos reyes; sus iguales
Son ¡oh cuáles prisiones!
Las dádivas reales.
Sigue el oro el cuidado congojoso
Y la sed de más oro. Yo prudente
El fausto siempre aborrecí ambicioso,
Flavio, luz del presente
Siglo, por ti dichoso.
Quien más negáre á su desear mendigo,
Habrá del cielo más; de los que nada
Codician el estrecho bando sigo,
De la chusma afanada
Tras la plata enemigo.
Dueño más noble de unas pocas plantas
Que si me diera luz la fama ciega,
Porque en mis torres ocultára cuantas
Mieses Sicilia siega,
Pobre en riquezas tantas,
Con un arroyo breve de agua pura,
Y tierra poca y fiel á mi esperanza,
En desprecio me viene quien la anchura
Del indio imperio alcanza
Con suerte mal segura.
Y aunque ni las abejas calabresas
Me labran miel, ni vinos regalados
De Ribadavia añejos ven mis mesas,
Ni ocupar mis ganados
De Alcudia las dehesas;
No pobreza importuna me atormenta,
Ni tú lo permitieras, y enfrenada
La codicia, ni así del fisco aumenta
Mi hacienda limitada
La mal habida renta,
Como la del que siempre afana en vano.
Fáltale á quien de poco es enemigo,

Mucho. ¡Dichoso á quien con seso sano
Dios le dió bien amigo,
Lo asaz con parca mano!

A DON ALONSO DE SANTILLAN.

Fió, Santiso, España sus banderas
De tu constancia y fe; tú al mar violento,
Expuesto vas, y al viento
Y á las escuadras fieras
Del holandes sangriento.
Él se apresta, y á duro cautiverio
Reducir nuestras gentes se asegura,
Y por dar se apresura
Al español imperio
En el mar sepultura.
Llegue; que puños hallará y consejo
Buenos así, que cuando á ver su muerte
De su engaño despierte,
Cual medroso conejo
Huir quiera, y no acierte.
Tú al ménos, cuando el viento ó mar derram
A los tuyos, ansioso de más gloria
La muerte ó la victoria
Al cautiverio infame
Prefiere; ten memoria
De aquella hermosa y varonil gitana
Que ver pudo con frente no turbada
Vencida y destrozada
Por la gente romana
Su poderosa armada;
Y ni siguió la vergonzosa huida,

Ni la alteró cual hembra el ya desnudo
Puñal, de industria agudo;
Mas al pecho, atrevida,
Aplicó el áspid crudo.
Tal es. Osó con ánimo robusto
A morir generosa ántes que viva
Verse llevar cativa,
Triunfando de ella Augusto:
¡Mujer asaz altiva!